

RUBIO

◆ El problema de gobernabilidad no reside en la ausencia de mayorías legislativas sino en la falta de contrapesos a la concentración del poder.

PARDINAS

◆ Ante el incendio que es la crisis, el gobierno de Calderón buscó una pipa de gasolina; los nuevos impuestos generarán más desempleo y aumentarán la pobreza.

CATÓN

◆ Dice un tipo a otro: "El rostro de esa mujer es como un poema moderno". "¿Bello y misterioso?" -pregunta el otro. "No -completa el tipo-. Tiene demasiadas líneas"...

Desencuentro

LUIS RUBIO

Hablando de la "viveza criolla", Jorge Luis Borges criticaba ese "espíritu de legalidad burlada o ilegalidad acomodada" que caracteriza a nuestra cultura. Ser "vivo", decía el escritor argentino, no implicaba dejar de ser ignorante. Esta observación me vino a la mente al leer y escuchar comentarios y opiniones que vierten políticos e intelectuales sobre la problemática que enfrenta el país en términos de gobernabilidad y capacidad para lidiar con la crisis e impulsar el crecimiento económico. Lo notable de la arena pública actual es el empeño por resolver el problema equivocado.

En el ámbito político el diagnóstico universal parece ser que no existe la capacidad para construir mayorías legislativas que permitan gobernar. En esta lógica, el país ha estado a la deriva a partir de 1997 cuando el PRI perdió la mayoría legislativa, porque el partido del presidente no tiene una mayoría confiable en el congreso. La conclusión inexorable de este análisis acaba siendo obvia: la única manera de resolver los problemas del país es creando mecanismos que garanticen la existencia de mayorías legislativas. Suena bonito y lógico pero, a juzgar por la evidencia, eso no es lo que la población quiere, además de que no resuelve el problema de fondo: aún con mayorías, los gobiernos de antes no estaban funcionando.

Las propuestas de solución al problema identificado se resumen, de manera gruesa, en tres grandes rubros: a) redefinir el sistema de partidos para reducir su número, idealmente a dos (cambiando el sistema o adoptando una segunda vuelta electoral); b) abandonar el sistema presidencialista a favor del parlamentarismo que, por definición, le confiere el control al partido que logra una coalición gobernante; y c) construir un mecanismo tanto artificial, como el de jefe de gabinete o primer ministro, que logre control del legislativo y se constituya en una fuente alterna y paralela de poder frente a la presidencia.

Las tres soluciones conceptuales tienen mérito y responden al problema real de la incapacidad de gobernar al país. El problema es que se trata de vehículos que pretenden, como en 1929 cuando se crea el PNR, antecesor del PRI, resolver el problema de los políticos y del poder, no el de la población y la legitimidad en la toma de decisiones.

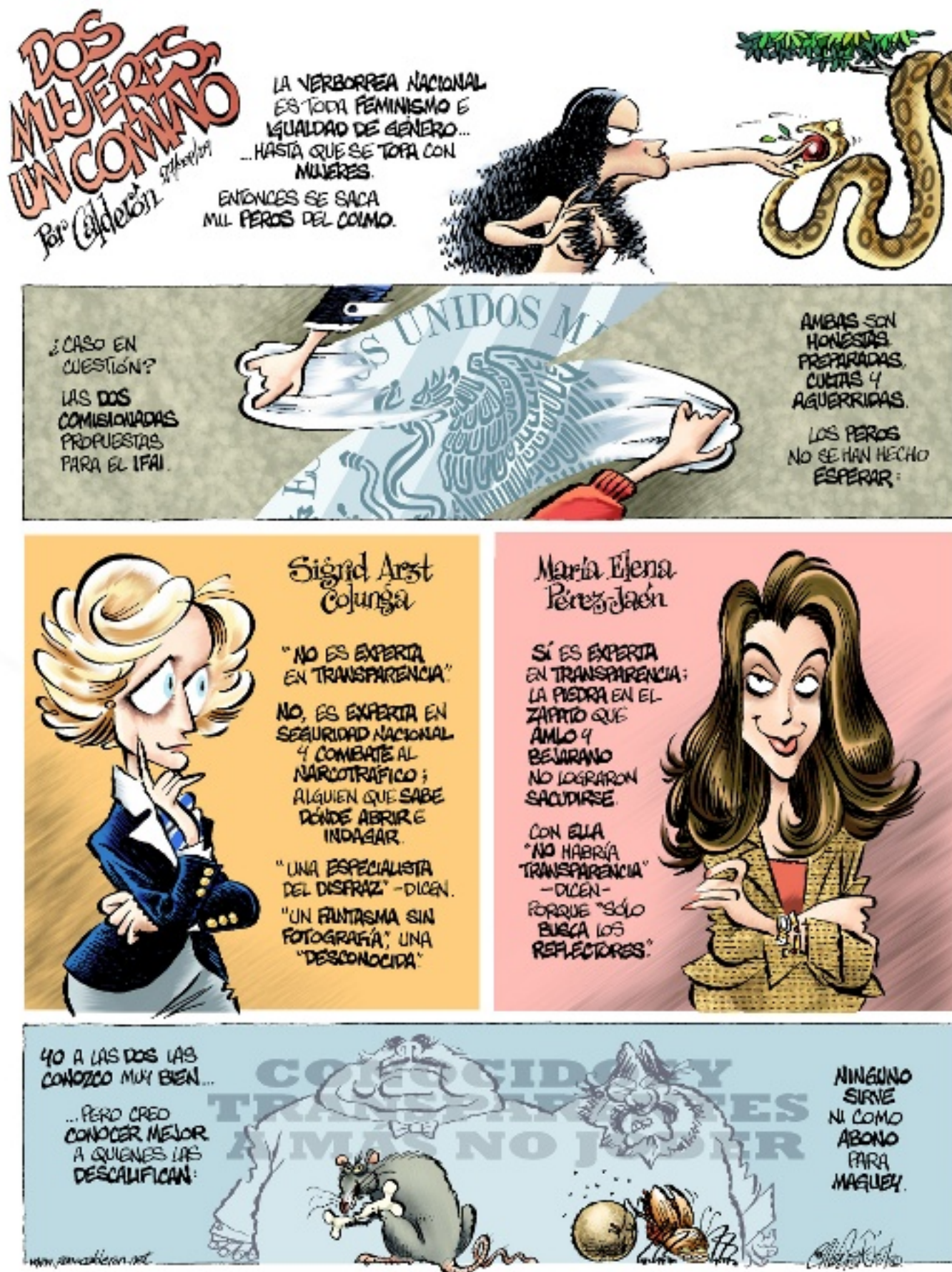
Hay dos hechos evidentes en la actualidad. Uno es que enfrentamos un obvio problema de gobernabilidad. Los poderes públicos desperdician más tiempo en intentar entenderse (infructuosamente) entre sí que en decidir cosas relevantes y actuar en consecuencia. Esta parálisis ha dado lugar al nacimiento de propuestas, explícitas o implícitas, de que lo que se requiere es políticos hábiles que, de manera institucional o extra institucional, impongan decisiones y permitan retornar a la senda del crecimiento. En otras palabras, que lo que se requiere es retornar a una era similar a la del PRI en que el presidente podía imponer su voluntad. En esta ocasión podría ser el presidente o quien ostentara el liderazgo legislativo, pero el principio es el mismo y la hipótesis

obvia: los mexicanos somos incapaces de gobernarnos por lo que se requiere de un líder fuerte que decida y se imponga. Varios de los aspirantes a ejercer el poder enarbolan esta postura: igual quienes pregonan la urgencia de que el presidente ejerza poderes meta constitucionales, que quienes proponen nuevas estructuras para hacer lo mismo pero desde el poder legislativo.

El otro hecho incontrovertible es que la población ha votado de manera sistemática porque no haya una mayoría legislativa en manos del partido en la presidencia. Hay muchas hipótesis que podrían explicar este fenómeno, pero el hecho es indisputable. A partir de las reformas electorales de los 90, que se materializaron en 1997, el partido del presidente no ha logrado una mayoría legislativa. Una explicación estructural es que la combinación de un sistema presidencialista con un multipartidista arroja un desempeño permanente porque hace altamente improbable que un partido logre la mayoría. Otras explicaciones son menos técnicas pero igualmente relevantes: sobre todo en lo relativo a las elecciones intermedias, la contienda es de naturaleza territorial y eso le confiere enormes ventajas a los partidos que tienen un fuerte arraigo histórico a nivel local, estatal o regional, no a quien ostenta la presidencia.

Sea cual fuere la explicación correcta, de lo que no hay duda es que la población prefiere que no exista una mayoría legislativa en manos del presidente. La pregunta es por qué. Digan lo que digan los políticos, la gente no quiere un régimen parlamentario o semi parlamentario, así fuera mucho más eficiente. Desde la perspectiva del ciudadano común y corriente, el mayor riesgo es precisamente cuando un "hombre fuerte" (sea el presidente o el líder legislativo) pretende imponer su voluntad porque entonces desaparece todo contrapeso. Ese rechazo al riesgo inherente que entraña un poder excesivo en manos de una persona es lo que derrotó a López Obrador en 2006 y, en general, lo que hizo perder al PRI en 2000. La población claramente prefiere el *statu quo*, así implique éste un desempeño económico muy por debajo de lo deseable o del potencial real de la economía, que el riesgo de una crisis tras otra.

El verdadero problema político del país no consiste en la ausencia de mayorías o de capacidad de decisión y gobierno sino en la ausencia de mecanismos institucionales que permitan gobernar sin excesos. Es decir, el país tiene que resolver dos problemas de manera simultánea: uno es el de poder tomar decisiones y el otro es que esas decisiones no dañen a la población. En un país con instituciones tan débiles como el nuestro, esta combinación de factores es muy difícil de lograr y quizá eso explique mejor que cualquier otra cosa el estancamiento que vivimos: mientras no exista una certeza razonable de que el gobernante está impediendo de abusar, la población siempre va a preferir la parálisis porque la alternativa -el caos- es demasiado costosa como se pudo ver, de manera sistemática, en las crisis de los setenta a los noventa. El



mexicano no quiere un líder iluminado; lo que quiere es un gobierno que funcione para su beneficio.

El filósofo Karl Popper planteó que el problema verdadero consiste en construir un sistema que permita controlar o deshacerse de los malos gobernantes sin violencia. En México parece que hemos logrado que no lleguen esos gobernantes, pero no hemos logrado que exista un gobierno que funcione. El problema real no es de mayorías o de parlamentarismo, sino de pesos y contrapesos que sirvan para evitar excesos, no para paralizar al país.

www.cidac.org

DE POLÍTICA Y COSAS PEORES

Instructivo

CATÓN

Doña Pompona y su marido cumplieron 50 años de casados. Ella propuso que fueran a una segunda luna de miel. "Iremos a la misma playa -le dijo a su marido-. Llegaremos al mismo hotel. Pediremos la misma habitación. Todo será igual que la primera noche". "Muy bien -acepta el señor-. Sólo que esta vez yo seré quien diga: '¡Caramba! ¿Qué grande es!'... Tessagy Agetro, filósofo moderno, afirma que hay una diferencia esencial entre el hombre y la mujer: "La mujer quiere encontrar un único hombre que satisfaga sus muchas necesidades. El hombre quiere encontrar muchas mujeres que satisfagan su única necesidad"... En un club de golf se leía el siguiente instructivo para los golfistas: "Colóquese a la distancia adecuada. Flexione un poco las rodillas, y separe los pies para obtener el equilibrio necesario. Mantenga siempre la cabeza abajo. No se distraiga: concéntrese en lo que está haciendo. Procure no tardar mucho, por respeto a los demás jugadores. Una vez que termine de hacer del uno, lávese las manos"... La amable monjita iba en el jet al lado de un hombre joven, y se dirigió a él con ánimo de entablar conversación. "Vas muy callado, hijo -le dijo con una sonrisa cordial-. ¿Se puede saber qué estás pensando?" Responde el tipo: "¿Sabe usted de mujeres, de automóviles, de vino o de fútbol?" "No -contesta desconcertada la monjita-. No sé de nada de eso". Concluye el individuo: "Entonces no tiene caso que le diga en qué estoy pensando"... Una muchacha recorría la sección de tarjetas de la tienda. Estaban las que decían: "Feliz cumpleaños"; las que deseaban: "Que te mejores pronto", y las que congratulaban a alguien por su graduación, su matrimonio o su primer hijo. Pero la chica no veía la que necesitaba. Acude el encargado y le pregunta: "¿Busca alguna tarjeta en especial, señorita?" "Sí -responde la muchacha-. Quiero una

que diga: 'Perdóname por haber soltado la carcajada cuando te vi sin ropa'... El jefe de recursos humanos (de reclutos humanos, en algunas empresas) le aplicó a Rosibel un examen, pues la pizpireta muchacha aspiraba a ocupar el puesto de secretaria de don Algón. "Vamos a ver -dice el pomposo examinador-. Estás a la orilla de una carretera. La noche es muy oscura. De pronto ves venir dos luces a lo lejos. ¿Qué piensas que son?" Contesta Rosibel: "Pienso que posiblemente sean los faros de un automóvil". Replica con desdén el hombre: "Eso es obvio. Pero, dime: ¿qué marca de motocicleta es? ¿Honda? ¿Harley Davidson? ¿BMW?" Reconoce la muchacha: "Tampoco puedo determinar eso si lo único que veo a lo lejos es la luz de la motocicleta". Le informa el examinador: "Entonces estás reprobada, y no te daré el puesto. Te falta capacidad de respuesta; no muestras ninguna imaginación. Puedes retirarte". Le dice Rosibel: "Antes de irme ¿puedo hacerle una pregunta como las que me hiciste tú?" "Vamos a ver" -se amosca el individuo. Empieza ella: "Pasas por una esquina. Es de noche, y miras recargada en el poste a una mujer muy maquillada. Lleva una blusa escotada; una provocativa minifalda; trae medias de malla; zapatos de tacón muy alto atados con cintas a las piernas; usa bolsa de lentejuela, y máscara chicle. ¿Qué piensas que es?" Contesta sin vacilar el tipo: "Pienso que es una prostituta". "Eso es obvio -replica Rosibel-. Pero, dime: ¿es tu mamá, tu hermana o tu abuela?"... FIN.

Una pésima idea

JUAN E. PARDINAS

Subir impuestos en plena crisis no es una mala idea. Es pésima. Este atentado contra la lógica económica se puede convertir en realidad, si el Congreso aprueba el proyecto fiscal del presidente Calderón. De acuerdo con un estudio del Instituto de Investigaciones Económicas de la UNAM, el plan de Hacienda costará la pérdida de 200 mil empleos, aumentará la inflación y golpeará el crecimiento. México será un país más pobre y la crisis será más prolongada, si la autoridad logra su objetivo de sacar más dinero de la bolsa.

En países como China y Brasil, ya se habla de la crisis en tiempo pasado. Los gobiernos de ambos países hicieron inversiones masivas de recursos para reactivar sus economías. China invirtió montañas de dinero para convertirse en la principal potencia en la producción de tecnologías verdes. Brasil redujo impuestos para estimular la demanda del mercado interno. Durante 2009, en promedio, los gobiernos de las 20 economías más grandes del mundo implementaron paquetes de estímulo fiscal del 2 por ciento de su Producto Interno Bruto. Para 2010, la inyección de recursos será, en promedio, de 1.6 por ciento del PIB entre los países que forman el G-20. Aquí en México, el gobierno hace las cosas al revés de la teoría y la práctica de la economía. Para apagar el incendio de la crisis, Felipe Calderón trajo una

pipa de gasolina. En lugar de inyectar recursos públicos en la economía, la autoridad quiere obligar al sector privado a "desinvertir" para entregarle más dinero al erario.

El pacto fiscal mexicano establece que el gobierno federal tiene la responsabilidad de cobrar impuestos, mientras que los estados y municipios tienen la feliz tarea de gastárselos. Cerca de 90 centavos de cada peso que ejercen los estados y ayuntamientos provienen de transferencias federales. Si el gobernador de San Luis Potosí quiere regalarle 115 millones de pesos a un equipo de fútbol profesional, no tiene que molestarse en cobrar un impuesto especial para el fomento del balompié. Su generosidad financiera con el equipo de Televisa se sufraga con el dinero ajeno.

La crisis fiscal que vivimos es una oportunidad histórica para obligar a estados y municipios a ser más responsables con sus ingresos y gastos. Sin embargo, la propuesta de Felipe Calderón quiere preservar el actual orden de cosas y rescatar a los gobiernos locales de su propia irresponsabilidad financiera. Durante la crisis de 1995, el presidente Ernesto Zedillo aprovechó la estrechez presupuestal de los gobiernos locales para negociar los primeros avances en la transparencia financiera de estados y municipios. La crisis de 2009 se debería aprovechar para que los gobernadores asuman mayor

responsabilidad sobre el financiamiento de sus gastos.

El denominado impuesto contra la pobreza se debería llamar *el tributo Peña Nieto*. El estado de México será uno de los principales beneficiarios de la rebatada que se llevarán las entidades de la República con la propuesta de nuevos impuestos. Con la carrera presidencial a punto de comenzar, la escasez financiera resulta una coyuntura intolerable para las ambiciones de algunos mandatarios locales. Los legisladores del PAN y PRD que aprueben la iniciativa fiscal, le harán un enorme favor al gobernador mexicano.

Imagina que tienes un amigo adicto a los juegos de apuestas. Cada mes tu cuate te pide dinero prestado y te jura que con esa lana ganará lo suficiente para pagarte todo lo que te debe. ¿Cuánto duraría tu paciencia y tu quincena? Esta metáfora ilustra la relación de los contribuyentes mexicanos con el fisco. Nos piden más dinero para financiar una apuesta de prosperidad que sólo existe en el espejismo de los discursos.

Si los estados se vieran obligados a recaudar sus propios impuestos, probablemente gastarían el dinero público con más cuidado. El paquete fiscal para el año 2010 será recordado como una de las peores decisiones de política económica en la historia moderna de México. Las consecuencias del error las pagarás tú.